

## La Revolución rusa y nosotros

*Conferencia pronunciada en las "Jornades sobre la Revolució russa del 1917"  
(Universitat Autònoma de Barcelona, 24 octubre 2016)*

Josep Fontana

*(Traducción de Jordi Domènech)*

Hacia 1890 los partidos socialistas europeos, agrupados en la Segunda Internacional, habían abandonado la ilusión revolucionaria y defendían una vía reformista que había de llevarles a integrarse en los parlamentos burgueses, confiando en que un día podrían acceder al poder por medio de las elecciones y que desde allí procederían a transformar la sociedad. Así pues, los partidos socialistas alemán, italiano, español, francés, que mantenía aún el nombre de Sección francesa de la Internacional Obrera, o el laborismo británico, optaron por políticas reformistas, aunque conservaran la retórica revolucionaria del marxismo a fin de no desconcertar a sus seguidores obreros, los cuales debían seguir creyendo que sus partidos luchaban por una transformación total de la sociedad.

La contradicción entre retórica y praxis estalló con motivo de la inminente Gran Guerra de 1914. En el congreso que la Internacional Socialista celebró en Basilea en noviembre de 1912 fue proclamado que "es el deber de las clases obreras y de sus representantes parlamentarios [...] realizar todos los esfuerzos posibles para prevenir el inicio de la guerra" y que, si ésta finalmente estallaba, debían intervenir para que acabase rápidamente y "utilizar la crisis económica y política causada por la guerra para rebelar al pueblo y acelerar la caída del gobierno de la clase capitalista". Además, el congreso proclamaba su satisfacción frente a "la completa unanimidad de los partidos socialistas y de los sindicatos de todos los países en la guerra contra la guerra", y llamaba "a los trabajadores de todos los países a oponer el poder de la solidaridad internacional del proletariado al imperialismo capitalista".

Pero en la tarde del 4 de agosto de 1914, tanto los socialistas alemanes, que habían organizado actos contra la guerra hasta unas semanas antes, como los franceses, aprobaron de manera entusiasta en sus respectivos parlamentos la declaración de guerra y votaron los créditos necesarios para iniciarla. El Partido Socialdemócrata alemán, además, aceptó una política de tregua social que conllevaba el compromiso de no criticar al gobierno y pedir a los obreros que no declararan huelgas mientras durase la guerra. Por lo que respecta a los laboristas británicos, no sólo aprobaron la guerra sino que acabaron integrándose en un gobierno de coalición.

En Rusia las cosas discurrieron de otra manera, ya que su partido socialdemócrata, dividido en las dos ramas de mencheviques y bolcheviques, no sólo carecía de representación en el parlamento, sino que era perseguido por la policía. A comienzos de 1917 los bolcheviques tenían algunos de sus dirigentes desterrados en Siberia, como Stalin y Kámenev, mientras que otros vivían en el exilio, como Lenin, que se había instalado en Suiza, en la ciudad de Zurich, mientras que Trotski se hallaba entonces en Nueva York.

Cuando en febrero de 1917 comenzó la revolución en Petrogrado, fue sin la presencia de los jefes de los partidos revolucionarios para dirigirla, en un movimiento impulsado por un doble poder: el de los consejos o soviets de los trabajadores y de los soldados por un lado, y el del Comité provisional del parlamento por otro, los cuales se pusieron de acuerdo para establecer un gobierno provisional y posponer los cambios políticos hasta la celebración en noviembre siguiente de una Asamblea constituyente elegida por sufragio universal.

Cuando el 3 de marzo el gobierno provisional concedió una amnistía "por todos los delitos políticos y religiosos, incluyendo actos terroristas, revueltas militares o crímenes agrarios", Stalin y Kámenev regresaron de Siberia y se encargaron de dirigir *Pravda*, el periódico de los bolcheviques, donde defendían el programa de continuar la guerra y convocar una Asamblea constituyente, de acuerdo con la mayoría de las fuerzas políticas rusas.

A comienzos de abril regresaba de Suiza Vladímir Lenin, que pudo viajar gracias a que el gobierno alemán, que deseaba ver a Rusia fuera de la guerra, le ayudó a alcanzar en tren la costa del Báltico, desde donde pasó a Suecia y a Finlandia para llegar finalmente, en otro tren, a Petrogrado.

Para entender la acción de los alemanes hay que recordar que en estos primeros meses de 1917 se produjo la crisis con Estados Unidos, que condujo a que éstos declararan la guerra a Alemania el 6 de abril. Fueron los alemanes quienes propusieron el viaje a Lenin, y éste presentó algunas exigencias antes de aceptarlo, como que los vagones que le trasladaran a través de Alemania con la treintena de exiliados rusos que le acompañaban, tuvieran el estatus de entidad extraterritorial. En cambio, a Trotski los británicos le detuvieron a su regreso y no llegó a Petrogrado hasta un mes más tarde.

En la recepción que los bolcheviques organizaron a Lenin el 3 de abril en la estación de Finlandia, éste dijo lo siguiente desde la plataforma del vagón: "El pueblo necesita paz, el pueblo necesita pan, el pueblo necesita tierra. Y le dan guerra, hambre en vez de pan, y ceden la tierra a los terratenientes. Debemos luchar por la revolución social, luchar hasta el fin, hasta la victoria completa del proletariado." Y aún añadió: "Esta guerra entre piratas imperialistas es el comienzo de una guerra civil en toda Europa. Cualquier día de esos la totalidad del capitalismo europeo se hundirá. La revolución rusa que habéis

iniciado ha preparado el camino y ha comenzado una nueva época. ¡Viva la revolución socialista mundial!"

Este discurso fue mal recibido por los bolcheviques presentes en la estación y fue rechazado en las primeras votaciones de los órganos del partido. Se habían acostumbrado a la idea de apoyar una revolución democrática burguesa como primera etapa de un largo trayecto hacia el socialismo, a la manera en que era planteado por los partidos socialdemócratas europeos, y pretender ir más allá les parecía una aventura condenada al fracaso.

Lo que planteaba Lenin no se reducía al lema "paz, tierra y pan"; no era sólo un programa para acabar la guerra de inmediato y a cualquier precio, y entregar la tierra a los campesinos. En la base de esta propuesta había un planteamiento mucho más radical, que le llevaba a sostener que frente a los avances conseguidos desde febrero y a la existencia de los soviets como órganos de ejercicio del poder, no tenía ningún sentido optar por una república parlamentaria burguesa, sino que debían ir directamente a un sistema en que todo el poder estuviera en manos de los soviets, los cuales se encargarían de ir aboliendo todos los mecanismos de poder del Estado —la policía, el ejército, la burocracia...—, iniciando así el camino hacia su desaparición, a la cual seguiría la desaparición paralela de la división social en clases.

Lenin reproducía la crítica de la vía parlamentaria que Marx hizo en 1875 en la *Crítica al programa de Gotha*, un texto que los socialdemócratas alemanes mantuvieron escondido durante muchos años, en el que rechazaba la idea de avanzar hacia el socialismo por medio del "Estado libre" como una especie de etapa de transición, y sostenía: "Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista hay un período de transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período le corresponde también un período político de transición en el que el Estado no puede ser otro que la *dictadura revolucionaria del proletariado*."

¿Cómo debía hacerse esa transición? Es difícil definirlo porque ningún partido socialista se había planteado seriamente qué había que hacer una vez alcanzado el poder, pues la perspectiva de lograrlo parecía lejana. El único modelo existente era el de la Commune de París de 1871, pero duró demasiado poco tiempo como para establecer unas reglas orientativas.

Lo que proponía Lenin podemos averiguarlo por medio de lo que expuso en *El Estado y la revolución*, donde denunciaba las mentiras del régimen parlamentario burgués, en que todo —las reglas del sufragio, el control de la prensa, etc.— contribuía a establecer "una democracia sólo para los ricos", y preveía la extinción del Estado en dos fases. En la primera, el Estado burgués sería reemplazado por un Estado socialista basado en la dictadura del proletariado. La segunda fase surgiría de la extinción gradual del Estado, y conduciría a la sociedad comunista. Durante esta transición los socialistas debían mante-

ner el control más riguroso posible sobre el trabajo y el consumo; un control que sólo podía establecerse con la expropiación de los capitalistas, pero que no debía de conducir a la formación de un nuevo Estado burocratizado, porque el objetivo final era precisamente ir hacia una sociedad en que no habría "ni división de clases, ni poder del Estado".

No cabe aquí explicar la historia, suficiente conocida, de cómo los bolcheviques llegaron al poder y empezaron a organizar la transición hacia el nuevo sistema.

Lo que me interesa recordar es que el 7 de enero de 1918 Lenin confiaba en que después de un período en que sería necesario vencer la resistencia burguesa, el triunfo de la revolución socialista sería cosa de meses.

A desengañarle vino una llamada "guerra civil", en la que participaron hasta trece países apoyando los diversos enemigos de la revolución, y que tuvo para el nuevo Estado de los bolcheviques un coste de ocho millones de muertos, entre víctimas de los combates, del hambre y de las enfermedades, además de provocar la destrucción total de la economía. Una situación que obligaba a aplazar indefinidamente la implantación de la nueva sociedad.

Es en este momento, superada la guerra civil, cuando esta historia da un vuelco. Lloyd George, el jefe de gobierno británico, fue el primero en darse cuenta de que la idea de conquistar la Rusia soviética para liquidar la revolución era inútil, además de insuficiente. La lucha contra la revolución cambiaría entonces de carácter, pasando del escenario ruso a alcanzar una dimensión mundial. Lo que debía hacerse era combatir a escala universal la influencia que las ideas que inspiraron la revolución soviética ejercían en los diversos grupos y movimientos que en todo el mundo tomaban como modelo en sus luchas.

El enemigo que entonces se pasó a combatir con el nombre de comunismo, no era el Estado soviético, ni siquiera los partidos comunistas de la Tercera Internacional, que hasta los años 30 no pasarían de ser pequeños grupos sectarios de escasa influencia. El enemigo era inmenso, indefinido y universal, nacido no de la observación de la realidad, sino de los miedos obsesivos de los políticos que veían el comunismo detrás de cualquier huelga o protesta colectiva. Así, por ejemplo, una huelga de estibadores en los puertos de la costa del Pacífico en Estados Unidos, llevó a *Los Angeles Times* a asegurar que aquello era "una revuelta organizada por los comunistas para derribar al gobierno", y pedía en consecuencia la intervención del ejército para liquidarla. Ejemplos como este se pueden multiplicar en los más diversos momentos y en los más diversos escenarios.

A partir de entonces la lucha contra la revolución comunista se transformó en una batalla que nos afectaba e implicaba a todos. Por ejemplo, la II República española, que apareció en 1931 en el escenario internacional cuando en la mayor parte de Europa la in-

quietud social se iba resolviendo con dictaduras y giros hacia la derecha, fue recibida con hostilidad por los gobiernos de las grandes potencias. El embajador norteamericano en Madrid, por ejemplo, el 16 de abril de 1931, a los dos días de la proclamación de la República, informaba al Departamento de Estado en los siguientes términos: "el pueblo español, con su mentalidad del siglo XVII, cautivado por falsedades comunistoides, ve de pronto una tierra prometida que no existe. Cuando llegue la desilusión, se volverán ciegamente hacia quien esté a su alcance, y si la débil contención de este gobierno no cierra el paso, la muy extendida influencia bolchevique puede capturarles".

No importaba que los mensajes posteriores revelaran que el embajador ignoraba incluso quiénes eran los dirigentes republicanos. En una semblanza del gobierno que envió a Washington en estos mismos días, afirmaba por ejemplo de Azaña: "no hallo ninguna referencia por parte de la embajada. El agregado militar se refiere a él como un asociado a Alejandro Lerroux. Aparentemente un 'republicano radical'". Lo ignoraba todo acerca de los republicanos, pero lo de la "influencia bolchevique" lo tenía claro.

De nuevo en 1936, al producirse el alzamiento militar en España, las potencias europeas optaron por dejar indefensa la República española frente a la intervención de alemanes e italianos con hombres, armas y aviones, por temor a un contagio comunista que en 1936 no existía en absoluto.

Mientras, el Estado soviético, bajo la dirección de Stalin, vivía con el temor de ser agredido desde fuera e invertía en armas para su defensa unos recursos que podrían haber servido para mejorar los niveles de vida de sus ciudadanos. Pero la peor consecuencia de este gran temor fue que degeneró en un pánico obsesivo hacia las conspiraciones interiores que creían se estaban preparando para colaborar con algún ataque desde el exterior destinado a acabar con el Estado de la revolución. Un temor que fue el responsable de las más de 700.000 ejecuciones que se produjeron en la Unión Soviética entre 1936 y 1939. La orden 00447 de la NKVD, de 30 de julio de 1937, "sobre la represión de antiguos kuláks, criminales y otros elementos antisoviéticos", afectó sobre todo a ciudadanos comunes, campesinos y trabajadores que no estaban implicados en ninguna conspiración, ni eran ninguna amenaza para el Estado. Y aunque los sucesores de Stalin nunca volvieron a recurrir al terror en esta escala, conservaron siempre un temor hacia la disidencia que hizo muy difícil que tolerasen la democracia interna.

Lograron así salvar al Estado soviético, pero fue a costa de la renuncia a avanzar en la construcción de una sociedad socialista. El programa que había nacido para eliminar la tiranía del Estado acabó construyendo un Estado opresor.

A pesar de ello, fuera de la Unión Soviética, en el resto del mundo, la ilusión generada por el proyecto leninista siguió animando durante muchos años las luchas del otro "comunismo", y obligó a los defensores del orden establecido a buscar nuevas formas de combatirlo.

Terminada la II Guerra Mundial, la coalición que encabezaba y dirigía Estados Unidos organizó una lucha sistemática contra el comunismo, tal como ellos lo entendían, que abarcaba todo aquello que pudiera suponer un obstáculo para el pleno desarrollo de la "libre empresa" capitalista, preferiblemente norteamericana.

La campaña tuvo entonces una doble vertiente. Por una parte mantenía una ficción, la de la guerra fría, que se presentaba como la defensa del "mundo libre", integrado en buena medida por dictaduras, contra una agresión de la Unión Soviética, presentada como inevitable. Todo era mentira: era mentira que los soviéticos hubiesen pensado nunca en una guerra de conquista mundial, puesto que desde Lenin hasta entonces tenían muy claro que la revolución no podía llevarse a cabo más que desde el interior de los propios países. Como igualmente era mentira que los norteamericanos se prepararan para destruir la Unión Soviética preventivamente. Pero estas dos mentiras interesaban a los norteamericanos, la primera de ellas a fin de mantener disciplinados a sus aliados, y la segunda para mantener atemorizados y ocupados a los soviéticos preparando su defensa.

"Lo peor que podría sucedernos en una guerra global —decía Eisenhower en privado— sería ganarla. ¿Qué haríamos con Rusia si ganásemos?" Y Ronald Reagan se sorprendió en 1983 cuando supo que los rusos realmente temían ser atacados por sorpresa, y escribió en su diario: "Deberíamos decirles que aquí no hay nadie que tenga intenciones de tal cosa. ¿Qué demonios tienen que los demás pudiéramos desear?" Se sorprendía que no hubieran descubierto el engaño, tal como hicieron, demasiado tarde, en 1986, cuando Gorbachov decidió abandonar la carrera de armamentos porque, según decía, "nadie nos atacará aunque nos desarmemos completamente".

La finalidad real de la segunda vertiente de este proyecto, que se presentaba como una cruzada global contra el comunismo, era luchar contra la difusión de las ideas que pudieran oponerse al desarrollo del capitalismo. El objetivo no era defender la democracia, sino la libre empresa: Mosaddeq no fue derribado en Irán porque pusiera en peligro la democracia, sino porque interesaba a las compañías petroleras; Lumumba no fue asesinado para proteger la libertad de los congoleños, sino la de las empresas que explotaban las minas de uranio de Katanga, de donde había salido el mineral con que se elaboró la bomba de Hiroshima.

Y cuando la batalla no se llevaba a cabo para defender intereses puntuales y concretos, sino en términos generales para salvar la libertad de empresa, los resultados aún podían ser más nefastos. Uno de los peores crímenes del siglo fue el que llevó a matar a 3.200.000 campesinos vietnamitas con el argumento de que se disponían a emprender la conquista de Asia. No fueron a Vietnam a defender la democracia, porque lo que había en Vietnam del Sur era una dictadura militar.

La mentira fundacional de aquella guerra fue crudamente denunciada por John Laurence, corresponsal de la CBS en Vietnam entre 1965 y 1970, con estas palabras: "Hemos estado matando a gente durante cinco años sin otro resultado que favorecer a un grupo de generales vietnamitas ladrones que se han hecho ricos con nuestro dinero. Esto es lo que hemos hecho realmente. ¿La amenaza comunista? ¡Y un cuerno! [...] Nos hemos metido tan a fondo que no podemos salirnos, porque parecería que hemos perdido. Es una locura. No ganaremos, eso lo saben todos. Pero no lo admitiremos, regresando a casa, sino que seguiremos matando a gente, miles y miles de personas, incluyendo a los nuestros."

Por eso resultan tan reveladoras de la confusa naturaleza de la lucha anticomunista las palabras que pronunció recientemente Barack Obama, glorificando a quienes fueron a Vietnam, según él "avanzando por junglas y arrozales, entre el calor y las lluvias, luchando heroicamente para proteger los ideales que reverenciamos como americanos". ¿Cuáles eran esos ideales?

No había tampoco ninguna conjura comunista en los países de América Central que fueron devastados por las guerras sucias de la CIA. Fue reconocido por el Senado de Estados Unidos en 1995 cuando denunció que los supuestos subversivos que fueron asesinados allí eran en realidad "organizadores sindicales, activistas de los derechos humanos, periodistas, abogados y profesores, la mayoría de los cuales estaban vinculados a actividades que serían legales en cualquier país democrático". Una guerra sucia que continúa todavía hoy, cuando en Honduras las bandas organizadas por el gobierno y por las empresas internacionales interesadas en la explotación de sus recursos naturales, siguen matando, con la tolerancia y la protección de Estados Unidos, a dirigentes campesinos que defienden la propiedad colectiva de las tierras y del agua: como Berta Cáceres, asesinada el 3 de marzo de este año, por instigación de la empresa holandesa que patrocina el proyecto de Agua Zarca, o como José Ángel Flores, presidente del Movimiento Unificado de Campesinos del Aguán, asesinado el 18 de octubre de 2016.

El silencio ante la brutalidad de todas estas guerras fue denunciado por Harold Pinter en su discurso de aceptación del premio Nobel de Literatura en 2005, donde afirma que Estados Unidos, implicado en una campaña por el poder mundial, ha conseguido enmascarar sus crímenes presentándose como "una fuerza para el bien mundial".

Mientras Estados Unidos defendía la libre empresa, y mientras los países del "socialismo realmente existente" fracasaban en estos años de posguerra en su intento por construir una sociedad mejor, fue el otro "comunismo" en su conjunto, en la difusa y vaga aceptación creada por los temores de sus enemigos, el que consiguió un triunfo a escala global del cual nos hemos beneficiado todos.

Y es que el temor que generaba este comunismo global, no por su fuerza militar, sino por su capacidad para inspirar en todo el mundo las luchas contra los abusos del capita-

lismo, combinado con la evidencia de que la represión no era suficiente para detenerlo, forzaron a los gobiernos occidentales a poner en marcha proyectos reformistas que prometían alcanzar objetivos de mejora social sin recurrir a la violencia revolucionaria. Es a este temor que debemos las tres décadas felices posteriores a la II Guerra Mundial, con el despliegue del Estado del bienestar y con el logro de niveles de igualdad en el reparto de los beneficios de la producción entre empresarios y trabajadores como nunca se alcanzaron antes.

El problema fue que cuando el "socialismo realmente existente" mostró sus límites como proyecto revolucionario, a partir de 1968, cuando en París renunció a implicarse en las luchas en la calle, y cuando en Praga aplastó las posibilidades de desarrollar un socialismo con rostro humano, los comunistas perdieron aquella gran fuerza que Karl Kraus valoraba por encima de todo, cuando afirmaba que "Dios nos conserve siempre el comunismo, para que esta chusma [la de los capitalistas] no se torne más desvergonzada [...] y para que, por lo menos, cuando se vayan a dormir tengan pesadillas".

Desde mediados de los años 70 del siglo pasado esta "chusma" duerme tranquila por las noches sin temor a que sus privilegios se vean amenazados por la revolución. Y ha sido precisamente eso lo que les ha animado a recuperar gradualmente no sólo las concesiones realizadas en los años de la guerra fría, sino incluso buena parte de las que habían sido ganadas antes, en un siglo y medio de luchas obreras. El resultado es este mundo en que vivimos hoy, donde la desigualdad crece de manera imparable, con el estancamiento económico como daño colateral.

En estos momentos en que se aproxima el centenario de la Revolución de 1917, volveremos a escuchar repetidas las descalificaciones habituales sobre aquellos hechos. Unas condenas que a algunos les parecen más necesarias que nunca en unos momentos en que, según un informe de 17 de octubre de 2016 de la Victims of Communism Memorial Foundation, no sólo resulta que los jóvenes norteamericanos entre 16 y 20 años, los *millennials*, lo ignoran todo sobre aquella historia, sino que —y esto es más alarmante— casi la mitad se declara dispuesto a votar a un socialista, y un 21 % incluso a un comunista; la mitad piensa que "el sistema económico les es contrario" y un 40 % quisiera un cambio total que asegurase que quienes ganan más paguen de acuerdo con su riqueza. Todo lo cual lleva a la Fundación a reclamar desesperadamente que es necesario enseñar a los jóvenes la siniestra historia del "sistema colectivista".

Yo creo que nosotros necesitamos otra clase de conmemoración, que nos permita, por un lado, recuperar la historia de aquella gran esperanza frustrada en su dimensión más global, que incluye también nuestras luchas sociales.

Pero que, por otro lado, nos lleve además a reflexionar sobre algunas lecciones que los hechos de 1917 pueden ofrecernos en relación con nuestros problemas del presente. Porque resulta interesante comprobar que cuando un estudioso del capitalismo global



contemporáneo como William Robinson se refiere a la crisis actual, llega por su cuenta a unas conclusiones con las que habría estado de acuerdo Lenin: que la reforma no es suficiente (que la vieja vía de la socialdemocracia está agotada) y que uno de los obstáculos que es necesario superar es precisamente el del poder de unos Estados que hoy están al servicio exclusivo de los intereses empresariales. Para terminar concluyendo que la única alternativa posible al capitalismo global de nuestro tiempo es un proyecto popular transnacional, que viene a ser el equivalente de la revolución socialista mundial que invocaba Lenin en abril de 1917 cuando bajó del tren en la estación de Finlandia.

Las fuerzas que deberían construir este proyecto popular seguramente serán muy distintas de los partidos tradicionales del pasado. Serán fuerzas como las que hoy surgen desde abajo, de las experiencias cotidianas de los hombres y las mujeres. Del tipo de las que se están formando a partir de las luchas de los trabajadores de Sudáfrica o de los indígenas de Perú contra las grandes empresas mineras internacionales, de los zapatistas que reivindican una rebeldía "desde abajo y a la izquierda", de los guerrilleros kurdos de Rojava que pretenden construir una democracia sin Estado, de los maestros mexicanos que se manifiestan en defensa de la educación pública, de los campesinos de muchos países que no militan en partidos sino en asociaciones locales como el Movimiento Unificado de Campesinos del Aguán, que presidía José Ángel Flores: unas asociaciones que se integran en otras de nivel estatal, como el Consejo de Organizaciones Populares e Indígenas de Honduras que dirigía Berta Cáceres, que a su vez se integran en una gran entidad transnacional como Vía Campesina. Estas fuerzas no representan aún, ni ellas solas ni todas sumadas, una amenaza para el orden establecido, pero anuncian las posibilidades futuras de un gran despertar colectivo.

El camino que tienen por delante, si queremos escapar de este futuro de desigualdad y empobrecimiento que nos amenaza a todos, es bastante complicado. El fracaso de la experiencia de 1917 muestra que las dificultades son muy grandes; pero pienso que también nos ha enseñado que, a pesar de todo, era necesario probarlo y que intentarlo de nuevo quizá merezca la pena.

Fuente original:

"La Revolució russa i nosaltres"

<https://centenarirevoluciorussa.wordpress.com/2016/11/14/la-revolucio-russa-i-nosaltres-conferencia-de-josep-fontana-uab-2410/>